

FORMACION INTELECTUAL Y ACTUALIDAD DE TOCQUEVILLE

■ Conferencias del profesor Luis Díez del Corral

Sobre la «Formación intelectual y actualidad de Tocqueville», el gran pensador francés de la primera mitad del siglo XIX, impartió del 8 al 17 del pasado enero, en la Fundación, un ciclo de conferencias el profesor Luis Díez del Corral, catedrático jubilado de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense y Presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

A lo largo de cuatro lecciones, el profesor Díez del Corral, especialista en la obra de Tocqueville, abordó, entre otros temas, la trayectoria de su fama, «que alcanzó de golpe a la edad de treinta años, con la aparición de su célebre libro *La democracia en América*, para caer después de su muerte progresivamente en el olvido, hasta renacer en la época de entreguerras, en nuestro siglo»; la actualidad de su pensamiento, «profético del fenómeno de la sociedad de masas y del papel que mucho tiempo después iban a desempeñar las dos grandes potencias en la política mundial»; su análisis de la aristocracia, la libertad y la democracia.

Ofrecemos seguidamente un extracto del ciclo.

Pocos pensadores políticos han tenido una consagración tan temprana y tan varia fortuna en su fama como Alexis de Tocqueville. Cuando en 1835 apareció *La democracia en América*, las voces más autorizadas de Francia, Inglaterra y Estados Unidos se apresuraron a ponderar la valía intelectual del



LUIS DIEZ DEL CORRAL nació en Logroño en 1911. En 1936 ingresó en el Cuerpo de Letrados del Consejo de Estado y en 1947 obtuvo la cátedra de Historia de las Ideas y de las Formas Políticas en la Universidad de Madrid. Es presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas y Doctor «honoris causa» por la Universidad de París IV (Sorbona). Autor, entre otras obras, de *El rapto de Europa*, *La mentalidad política de Tocqueville, con especial referencia a Pascal* y *El pensamiento político europeo y La Monarquía de España*.

joven autor de 30 años. Renovado fue el reconocimiento de sus méritos cuando Tocqueville publicó *El Antiguo Régimen y la Revolución* en 1856, poco antes de su muerte. Pero no hizo falta que pasaran muchos años para que la obra y el mismo nombre de Tocqueville se fuesen difuminando en el olvido.

Los artículos y monografías sobre Tocqueville publicados a lo largo de medio siglo se cuen-

tan con los dedos de la mano. En los mismos Estados Unidos, donde tan buena acogida se había dado a su libro sobre la democracia, con el cambio de siglo esta obra dejó de imprimirse. La resurrección de Tocqueville en nuestro siglo se produjo de golpe, como se había producido su aparición en el siglo anterior. Tocqueville trajo a los europeos, conmovidos por la nueva revolución de 1830, un insólito mensaje: «ex occidente lux», y él mismo se consideró llamado a renovar la ciencia política. «Es necesaria una ciencia política nueva en un mundo completamente nuevo», proclamaba solemnemente en la Introducción de *La democracia en América*.

A medida que el mundo, al que esa nueva ciencia se refería, perdía su novedad, habituándose a los convencionalismos del régimen liberal burgués, el mensaje tocquevilliano se fue apagando.

Uno de los pensadores más agudos de nuestro siglo, Joseph A. Schumpeter, ha afirmado que «*La democracia en América* es la más hermosa flor de la literatura política de la época» y su autor, «una mente en extremo lúcida, nutrida con los frutos de una vieja civilización». ¿Cuáles fueron éstos? Resulta difícil distinguirlos y aislarlos; el mismo Tocqueville los confundió y quiso confundirlos cuando en sus escritos velaba celosamente las fuentes de su pensamiento: los grandes pensadores franceses de los siglos XVII y XVIII. Nos encontramos, pues, con otro motivo, intrínseco, éste, al estilo mental del autor, que explica la escasez de estudios sobre la formación intelectual de Tocqueville, los orígenes de su pensamiento y los paralelismos y correlaciones del mismo.

Evidentemente, con el paso

de los años el conocimiento de la obra del pensador francés se ha hecho más extensa y más penetrante, gracias a la publicación de tantos escritos inéditos y a la aparición de estudios y comentarios cada día más abundantes, hasta adquirir caracteres de verdadera avalancha. La fruición intelectual que produce la lectura de Tocqueville no disminuye sino que aumenta al frecuentarla, lo que no ocurre en el caso de otros pensadores políticos. Tocqueville es siempre nuevo y seductor. Pocos de sus congéneres resultan tan cauteladores.

Alexis de Tocqueville es seguramente, junto a Carlos Marx, el pensador decimonono que mayor atención despierta en nuestros días entre los historiadores de las ideas políticas. No se trata de un interés erudito, sino que se extiende a otros campos o disciplinas especiales de la ciencia política y, en última instancia, afecta a las preocupaciones más vivas del hombre de nuestros días.

La figura de Tocqueville renace, pues, en vísperas de la segunda guerra mundial, cuando se produce lo que Ortega llamaba la «rebelión de las masas». Tocqueville se presenta entonces como el profeta lejano de lo que va a ser un fenómeno clave al término de las dos guerras mundiales: la sociedad de masas. Y fue capaz de barruntar ya en 1835 (¡150 años antes!) el que va a erigirse en uno de los grandes temas de nuestro siglo: la oposición entre las dos superpotencias —Rusia y Estados Unidos—, entonces en la sombra, que estaban llamadas a repartirse el mundo en dos mitades.

Sainte-Beuve sostuvo que «Tocqueville había comenzado a pensar antes de haber aprendido nada». Naturalmente que leyó,

mas prefirió la investigación documental a la información libresca. En sus libros, el pensamiento de Tocqueville se desenvuelve sin recurrir a autoridades consagradas, ni indicar apenas las fuentes librescas. Fue constante escritor de cartas, que conocemos ya en gran parte gracias a los abundantes y nutridos volúmenes aparecidos en la edición de las Obras Completas. Pese a haber sido crítico tan agudo de la sociedad de su época en sus distintas versiones a uno y otro lado del Atlántico, Tocqueville no parece haberse interesado por las obras literarias y el pensamiento de su tiempo. En un capítulo de la segunda parte de su libro sobre la democracia en América contraponen la fisonomía literaria de los siglos democráticos a la de los siglos aristocráticos, caracterizados éstos por un estilo «noble» y el afán de perfeccionamiento, rasgos que serán justamente característicos de la pluma de Tocqueville. Huye así de los autores contemporáneos hacia los del pasado aristocrático, pero al mismo tiempo que hace a éstos actuales y coexistentes. Su biblioteca —escasa— la constituían obras de los grandes pensadores del siglo XVII y de la Ilustración, especialmente los moralistas. De ellos, el que más influencia revela en Tocqueville fue, sin duda, Pascal.

Principios sin dogmatismo

Si ha habido en la historia de las ideas políticas algún pensador antidogmático ha sido Alexis de Tocqueville. Cuando tras riguroso análisis logra descubrir una relación estrecha entre una idea y un hecho o pergeñar un esquema interpretativo de cierto conjunto de fenómenos sociales,

sigue adelante en su tarea, insatisfecho por el nivel alcanzado, para escudriñar más a fondo las problemáticas cuestiones que plantea la existencia social y política del hombre contemporáneo. Porque para Tocqueville, *connaître c'est chercher*.

No quiere ello decir que Tocqueville carezca de principios. Muy al contrario, los profesa y proclama con máxima pureza. Principios, máximas, proposiciones, *idées-mères*, como él tanto gustaba de decir. La terminología es varia y un tanto confusa, según suele ocurrir en las obras de Tocqueville. Pero ello no implica equívoco en el contenido mismo del pensamiento. La libertad, por ejemplo, será afirmada constantemente por Tocqueville como un principio e ideal válido *per se*, como algo indubitable. «La libertad —escribe— es, en verdad, una cosa *santa*. Sólo hay otra cosa que merezca más este nombre: la virtud. Pero, ¿qué es la virtud sino la elección *libre* de lo que es bueno?»

A diferencia de la formulación dogmática de la libertad, de Benjamín Constant, Tocqueville no creía que la libertad pudiera instaurarse en la sociedad por la necesidad lógica de una demostración. Para él, la constitución efectiva de la libertad en una sociedad supone la articulación ponderada de tal principio con otro en apariencia opuesto, dentro del cuadro de posibilidades reales que tal sociedad ofrece. «Es preciso siempre —escribe—, suceda lo que suceda, que la autoridad resida en alguna parte del mundo intelectual y moral. Su lugar es variable, pero tiene que existir...»

Tal autoridad, según Tocqueville, tenía que verse respaldada en sólidas creencias colectivas y de carácter últimamente religioso. Así, la libertad no está

concebida como mera excrecencia de un orden dogmáticamente establecido, sino como un principio válido *per se*, cuyo funcionamiento es hecho posible, exigido, pero también amenazado por tal complejo de creencias. Trátase del juego difícil de una balanza, cuyos platicillos se mueven constantemente, con grave riesgo de que se venza a favor del que soporta el principio del orden.

Frente a la doctrina positivista de Augusto Comte («El individuo es una abstracción, la sociedad es la verdadera realidad», «El positivismo nunca admite más que deberes por parte de todos y frente a todos, porque su punto de vista, siempre social, no puede admitir ninguna noción de derecho constantemente fundada sobre la individualidad...»), Tocqueville mantendrá la necesidad de reducir e integrar sus parciales extremismos, sin postular por ello una síntesis de tipo dialéctico. Libertad individual y orden igualatorio no se contraponen como tesis y antítesis que se concilian en una síntesis. Los dualismos de Tocqueville no son transitorios sino permanentes, a diferencia de los que Hegel y Marx pretenden superar dentro de sus grandes sistemas dialécticos y llegando a conclusiones resolutivas en las que, en definitiva, se sacrifica el principio más caro a Tocqueville, el de la libertad, con la plenitud personal que él lo concebía. Es éste el núcleo mismo de la concepción política de Tocqueville. No existe para él un superprincipio que ofrezca una fórmula mágica de coordinación, que supere las contradicciones entre los principios. La coordinación debe ser lograda en la forma dramática y viva de una conciliación entre términos cuya tensión continúa existiendo siem-

pre, en permanente problematización. Este dualismo sin superación dialéctica de Tocqueville, este antidogmatismo, tiene una clara raíz pascaliana.

Aristocracia, libertad y democracia

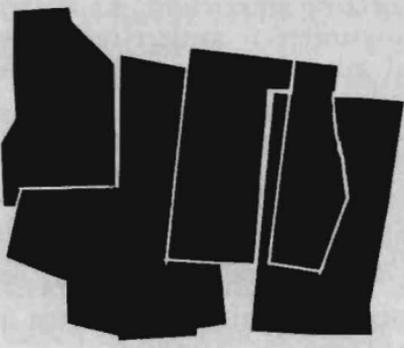
Que la historia consista en el despliegue progresivo de la libertad, con etapas que van superándose las unas a las otras, según tantos pensaban en la época de Tocqueville, era algo ajeno a éste. Lo que, según él, evoluciona consecuentemente a lo largo de los siglos no es la libertad, sino la *igualdad de condiciones*. Uno de los pasajes más célebres de Tocqueville es aquel que en la introducción a *La democracia en América* describe el avance irresistible de la igualdad a lo largo de siete siglos de historia francesa: «El desarrollo gradual de la igualdad de condiciones es, pues, un hecho providencial (...), es universal, es duradero, escapa cada día al poder humano; todos los acontecimientos, como todos los hombres, sirven a su desenvolvimiento». Para Tocqueville, querer detener la democracia parecería luchar contra el mismo Dios, no quedando a las naciones más que acomodarse al estado social que les impone la Providencia».

Frente a lo que sucede con la democracia, la libertad ha existido desde la Edad Media, aunque hay dos fórmulas diferentes: como uso de un derecho común o como goce de un privilegio. Considera Tocqueville que todas las sociedades de la Antigüedad clásica fueron aristocráticas. Frente a una vieja tradición consistente en combatir el régimen de la aristocracia feudal con argumentos sacados de la Antigüedad, Tocqueville

FUNDACION JUAN MARCH
CURSOS UNIVERSITARIOS 1984/1985

*Formación intelectual y actualidad
de Tocqueville*

LUIS DIEZ DEL CORRAL



ENERO 1985

Martes, 8
TRAYECTORIA DE LA FAMA DE TOCQUEVILLE

Jueves, 12
UNA CIENCIA POLITICA NUEVA Y LAS
TRADICIONES DE TOCQUEVILLE

Martes, 15
PRINCIPIOS SIN DOGMATISMO EN TOCQUEVILLE

Jueves, 17
ARISTOCRACIA, LIBERTAD Y DEMOCRACIA,
SEGUN TOCQUEVILLE

Todas las conferencias tendrán lugar a las 19.30 horas en la Fundación Juan March
Calle de Alcalá, 77. 28026 Madrid. Entrada libre

El «aristocratismo» de Tocqueville puede servir para iluminar los análisis de las estructuras democráticas y, justamente, porque Tocqueville no se siente llamado a decidir en una opción entre régimen aristocrático y régimen democrático. Se ha señalado no pocas veces que nuestro autor se anticipa a Max Weber en el manejo de tipos ideales, contraponiendo el tipo de hombre democrático al aristocrático. Pero conviene precisar que tales tipos se enraizan en experiencias concretas de Tocqueville dentro de circunstancias muy precisas de tiempo y lugar. En primer lugar, el choque con la gran novedad de la sociedad americana, y luego, retrocediendo, la evocación de las formas de vida aristocráticas inglesas y de su país.

El principio aristocrático puede alquitarse tanto que Tocqueville lo descubre en el seno de una democracia completa, donde las semillas de la aristocracia no han sido jamás depositadas (América).

Descartes y la democracia americana

Tocqueville sitúa a Descartes, dentro del «encadenamiento de los tiempos», como uno de los principales promotores de la liberación del individuo:

«(...) En el XVII, Bacon en las ciencias naturales, Descartes en la filosofía propiamente dicha, declaran abolidas las fórmulas recibidas, destruyen el imperio de las tradiciones y echan por tierra la autoridad del maestro. Los filósofos del siglo XVIII (...) propónense someter al examen individual de cada hombre el objeto de todas sus creencias. ¿Quién no ve —concluye Tocqueville— que Lutero, Descartes y Voltaire se han servido del

homologa la Edad Antigua a la Media, con lo que el pasado entero de Occidente queda contrapuesto, desde el punto de vista de las estructuras político-sociales, al que va a ser objeto temático de su estudio.

El desarrollo creciente de la igualdad de condiciones ha ido, ciertamente, minando los supuestos de la libertad aristocrática, pero sin imponer su extinción. Con el correr de los años y el fracaso de su carrera política, la pluma de Tocqueville se hará más sensible a la estimación de los valores aristocráticos. En *El Antiguo Régimen y la Revolución* encontramos afirmaciones rotundas: «Sería, pues, un error —escribe— creer que el Antiguo Régimen fue una época de servidumbre y de dependencia. Había en él más libertad que en nuestros días».

mismo método y que sólo difieren en el uso, más o menos grande, que han pretendido hacer de él?»

Tocqueville se pregunta a continuación por los factores que han condicionado la extensión progresiva de ese uso. Resume tales factores y circunstancias sociales en el principio de la igualdad. Dicho método sólo podía ser seguido de modo general «en los siglos en que finalmente las condiciones se habían hecho poco más o menos parecidas y los hombres casi semejantes». La sociedad en que el principio de igualdad se haya desarrollado más debe mostrarse en la práctica especialmente inclinada al referido método filosófico. Estados Unidos es el país más igualitario que existe y, por lo tanto, tiene que ser, y es, el más cartesiano. «América —escribe Tocqueville— es uno de los países del mundo en que menos se estudia a Descartes y en el que más se siguen sus preceptos. Es cosa que no debe sorprender. Los americanos no leen las obras de Descartes porque su estado social los desvía de los estudios especulativos, y siguen sus máximas porque este mismo estado social predispone naturalmente su espíritu a adoptarlas.»

Según Tocqueville, son herederos, sin saberlo pero fieles, del método cartesiano: «No tomar la tradición más que como una información...; buscar por sí mismo y en sí solo la razón de las cosas, tender al resultado sin dejarse encadenar por los medios y tender al fondo a través de la forma: tales son los principales rasgos que caracterizarían lo que yo llamaría el método filosófico de los americanos».

Por ello resulta no poco sorprendente que, según Tocqueville, se interrumpiesen de pronto

las consecuencias del pensamiento cartesiano en la sociedad norteamericana. Porque, según él, Descartes era eslabón de una cadena que comenzaba con Lutero y terminaba en Voltaire. Ahora bien: no ha existido un Voltaire americano. Es decir, el movimiento antirreligioso que tal autor significa. En la sociedad norteamericana la razón individual ha respetado las fronteras de la religión. A pesar de estar mucho más desarrollada la igualdad en Norteamérica que en Francia, la razón individual es allí mucho más respetuosa con los límites impuestos por las creencias religiosas.

Dos características encuentra Tocqueville en los norteamericanos que los hacen invulnerables: en primer lugar, que ha sido la religión la verdadera madre de las sociedades angloamericanas, confundiéndose así con todos los hábitos nacionales y todos los sentimientos que hace nacer la idea de la patria; en segundo lugar, que en América la religión se ha puesto, ella misma, sus límites.

Es decir, que la serie Lutero, Bacon, Descartes, Voltaire, que parece haber funcionado con consecuencia rigurosa e inexorable en Francia, no ha llegado a su culminación al otro lado del Atlántico. Luego no es expresión de una ley histórica.

Razón y creencia religiosa, libertad individual y orden colectivo pueden convivir; y no sólo esto, sino que se requieren mutuamente, bien que se presenten como órdenes distintos, con sus respectivos métodos de conocimiento, sus diversas estructuras y fundamentos. Tal es la tesis básica que mantiene Tocqueville a lo largo de todos sus escritos. Ahora bien, tal tesis está más de acuerdo con el pensamiento de Pascal que con el de Descartes. ■